

1. EL ARQUITECTO

José Luis Martínez Reina subió pausadamente la escalera de mármol blanco del ayuntamiento. Aquella mañana no miró con la rutina de cada día la placa, también de mármol, que adosada a la pared recordaba el año de inauguración de la Casa Consistorial y los componentes que constituían entonces la Corporación Municipal. Caminaba como un autómatas, totalmente abstraído en sus pensamientos, en sus recientes y gratos recuerdos. Acababa de regresar de unas intensas vacaciones estivales que le habían llevado a Riglos, un pequeño pueblecito de la provincia de Huesca que se levantaba a los pies de los imponentes Mallos; un lugar de peregrinaje de jóvenes escaladores que en buen número aceptaban el desafío que ofrecían sus verticales paredes de conglomerados. Un pueblo de apenas cien habitantes, de empinadas, retorcidas y estrechas calles, de bellas, aunque sencillas, casas de muros de piedra y vigas de madera, salpicado a sus afueras por pulcros huertos familiares primorosamente cuidados por hábiles manos apergaminadas.

Allí, se había deleitado por primera vez en su vida con la contemplación del majestuoso vuelo de la abundante colonia de buitres leonados que anidaban en multitud de oquedades sobre las sólidas paredes de los Mallos, convertidos para ellos en una pétreas reserva natural. Pero con lo que verdaderamente había disfrutado aquel joven arquitecto urbanista que trabajaba en el ayuntamiento de San Miguel del Campo era con los deportes de aventura, de los que había oído hablar en muchas ocasiones pero que nunca hasta ahora se atrevió a practicar. Había hecho senderismo a través de los espesos bosques de coníferas de las montañas prepirenáicas, se había zambullido en los hoyuelos poco profundos de las frías

aguas del Irati y emergido a la magia vegetal de las imponentes hayas que bordeaban el río y que se extendían laderas arriba, en uno de los escasos reductos de este bosque caducifolio que quedan en todo el país. José Luis Martínez Reina se había atrevido a descender cañones, volar en parapente e incluso practicar rafting ya en los últimos días de sus aprovechadas vacaciones. Vacaciones que había emprendido solo, porque don José Luis, como le llamaban casi todos en el ayuntamiento, en el fondo era un solitario empedernido.

Alto, bien parecido, moreno, de ojos castaños y pelo lacio, soltero pretendido por más de una compañera de trabajo había sido catalogado en alguna ocasión como aprendiz de misógino pues su trato con las mujeres no iba más allá del que mantenía con los hombres, o al menos esa era la percepción general. Dedicado por entero a su trabajo y a su afición a la fotografía no frecuentaba los antros de moda ni los polos de la noche. Es más, rehuía las conversaciones chabacanas sobre mujeres que con frecuencia animaban los recesos laborales de sus compañeros de género.

Lo que nadie sabía es que José Luis Martínez Reina había sido un amante vehemente, un compañero fiel y un hombre entregado al amor que le profesara a su novia hasta la mañana en que descubrió que ella lo traicionaba. Ese fue el día más amargo de su vida. Ambos estudiaban arquitectura en Valencia. Se habían conocido en primero de facultad y se habían enamorado; en segundo ya compartían piso y cama, o más bien cama porque era allí donde pasaban la mayor parte del tiempo libre. En tercero la cosa fue a más y los planes para el futuro también, aunque el absentismo universitario amenazaba a ambos amantes con un estrepitoso fracaso en los exámenes finales. José Luis Martínez Reina decidió marcharse el fin de semana a Burjasot, a casa de sus tíos, para que ambos pudieran estudiar, pero la llamada del amor hizo que el sábado por la mañana, a primera hora, volviese a la capital. A

medida que subía las escaleras del edificio donde él y Marta vivían, su excitación iba en aumento; pretendiendo darle una sorpresa a su amada, que la suponía dormida, abrió la puerta con sumo sigilo, se desnudó en el salón y se dirigió al dormitorio de matrimonio que compartían. Abrió la puerta y... se quedó helado, petrificado, casi se desmaya. Marta, de una exuberante belleza, dormía desnuda abrazada por dos jóvenes compañeros de facultad. Como pudo dio media vuelta y se marchó jurándose a sí mismo no mantener ninguna relación estable con otra mujer. Aquel curso lo perdió, pero tras el verano, una vez recuperado a fuerza de voluntad de la honda depresión que siguió al cruel descubrimiento reinició la actividad estudiantil dedicándose a ella por entero. Ni siquiera la mirada volvió a cruzar con Marta.

Y subiendo aquella escalera de mármol a las ocho y media de un maldito martes de finales de agosto en lo único que quería pensar, hasta que no estuviese sentado frente a frente con la montaña de papeles que a ciencia cierta se amontonaban sobre la mesa de su despacho, era en las inolvidables experiencias vividas, como la bajada en rafting del río Gállego que efectuara tres días atrás. Saboreaba todavía la extraña sensación de asombro y miedo que sintió cuando se cayó a las turbias aguas del río al enfilarse el primer rápido. No había asegurado lo suficiente con los pies su posición en la embarcación, cayó y fue arrastrado por la impetuosa corriente unos doscientos metros golpeándose —eso sí, suavemente— con los cantos rodados del lecho mientras peleaba con las bravas aguas para no perder la posición de seguridad y para respirar sin beberse aquel líquido opaco que lo vapuleaba inmisericorde. Recordaba con excitación la tensión de sus músculos siguiendo las órdenes de la monitora cuando les exigía remar y maniobrar en mitad de los rápidos; la risa nerviosa y desbordante del equipo de su balsa cuando después de las turbulencias llegaban los remansos; la agradable sensación de sosiego, de paz y de

libertad que sintió cuando bajaron a nado más de un kilómetro de las ya tranquilas aguas en un bello tramo del río; los intentos, fallidos unos y exitosos otros, de la monitora para hacer zozobrar la embarcación y arrojar al agua a los inexpertos remeros.

Pero todos los recuerdos y sensaciones se desvanecieron de improviso cuando uno de los administrativos, que ya tecleaba algo en su ordenador, le saludó educadamente:

—¡Buenos días, don José Luis! ¿Qué tal las vacaciones?

—Muy bien, Alberto, muy bien —le devolvió el saludo con la misma cortesía de que era objeto sobreponiéndose a la desgana que le invadía y que le causaba cierta confusión, porque hasta esa mañana siempre había acudido al trabajo con buen ánimo—. Cortas. Las vacaciones siempre son demasiado cortas —volvió a sorprenderse de la frase que acababa de pronunciar por primera vez en su vida, frase que no era suya y que en cambio sonaba a profundo convencimiento.

José Luis Martínez Reina no se detuvo en la oficina de servicios generales como siempre hacía para charlar con los empleados antes de iniciar el trabajo. Se dirigió a su despacho cuya puerta ya estaba abierta, dejó el portafolios sobre su mesa, levantó la persiana y abrió la única ventana de la habitación, se sentó en su sillón giratorio y perdió la vista en la lejanía a través de los limpios cristales que se abrían al horizonte. Los recuerdos habían vuelto. Ni siquiera observó los archivadores que desordenadamente ocupaban su mesa, ni ojeó la abultada carpeta de asuntos urgentes que emergía penosamente entre ellos, y mucho menos echó una mirada a su alrededor a las repletas estanterías que se apretaban unas contra otras sobre las paredes.

En aquellos quince días vividos en Riglos y alrededores, el joven arquitecto había llevado a cabo por primera vez en sus treinta años de vida cosas que unos meses atrás le habrían resultado inimaginables. La culpa la tuvo aquel folleto que distraídamen-

te ojeó sobre el mostrador de las oficinas municipales; la culpa la tuvo Amadeo, un policía municipal aficionado a este tipo de actividades, que con exasperante minuciosidad le relató las extraordinarias experiencias que había vivido con el deporte aventura; la culpa la tuvieron los compañeros de trabajo que, conociendo su forma de ser, le habían insistido una y otra vez para convencerlo de que al menos una vez en la vida experimentara esas sensaciones; y la culpa la tuvo Marcelo, el alcalde, que con sorna desbordante le dijo que él era demasiado viejo para esas actividades. Aunque no se arrepentía en absoluto de haber tomado aquella decisión que si bien al principio le pareció una osadía ahora se congratulaba de su acierto.

Miles de imágenes, de sensaciones, de lugares se agolpaban en su cabeza, iban y venían, se entremezclaban, se detenían una fracción de segundo y volvían a disiparse. Pero todas ellas desembocaban irremediabilmente en una sola imagen que se resistía una y otra vez a desvanecerse, que se aferraba tenazmente a sus neuronas y que le provocaba un nervioso cosquilleo en la boca del estómago: una cara, unos ojos negros, una sonrisa desbordante, unos labios sonrosados y perfectamente dibujados. La imagen de Gurutxe Iturbe, la joven monitora que conociera en la primera actividad realizada, se había grabado a fuego para siempre en su cerebro. Él y otras ocho personas más habían contratado con Avenport una ruta de senderismo de media jornada a través de la Selva de Oza, en el inigualable valle de Hecho, labrado por las aguas del río Aragón Subordán. Con poca gana y menos convicción había iniciado la marcha y, tras echar una ojeada al medio en el que se encontraba, se abandonó a sus pensamientos que poco tenían que ver con lo que estaba realizando. Caminaban por una senda estrecha, retorcida, húmeda y cubierta de hojarasca, una angosta cicatriz que se empinaba por la oblicua ladera hacia las cumbres ocultas por la densa vegetación, cuando el desafortunado resbalón de

un excursionista ya entrado en años, que rodó algo más de diez metros pendiente abajo, lo sacó de su apatía y lo devolvió a la realidad; pero fue sobre todo la rápida reacción de la monitora lo que le hizo fijarse en ella. La joven voló literalmente sobre arbustos y hojas muertas en busca del accidentado hasta colocarse delante de él y, clavando sus pies en el difícil terreno como unos potentes garfios, detuvo la caída. El arquitecto observó cómo todos y cada uno de sus músculos se habían dibujado con precisión bajo la piel tersa y morena de la joven, conformando un discreto y sugerente cuerpo moldeado escrupulosamente por las actividades en la naturaleza. Aquel no era un cuerpo de gimnasio. Tras izar entre todos al accidentado hasta el sendero y comprobar que las únicas consecuencias del resbalón eran unos arañazos sin importancia el grupo continuó su marcha ladera arriba. Pero José Luis Martínez Reina ya no cerraba el grupo como al principio, ahora caminaba tras Gurutxe Iturbe observándola con detenimiento. A medida que se adentraban en la penumbra del bosque, consecuencia de la frondosa vegetación, la admiración por el físico fue dando paso a la atención por las continuas explicaciones que la joven iba impartiendo a los caminantes sobre la flora, la fauna, las rocas, las costumbres y tradiciones de los lugareños, los productos artesanos, los hechos históricos ocurridos en los contornos, los problemas ambientales que acechaban a aquellos retazos de paraíso.

José Luis Martínez Reina apreció no sólo una belleza natural en aquella joven monitora sino también indicios de que poseía una vasta cultura, una viva inteligencia y una enorme sensibilidad hacia todo lo vivo. Con el paso de los días concluiría que no se había equivocado. Fue en uno de los necesarios descansos, ya mediada la mañana, en una estrecha atalaya sobre un despoblado farallón, cuando el arquitecto comenzó a darse cuenta de que algo se estaba removiendo en su interior, que estaba viendo algo, no sabía qué, a través de unos ojos que no eran los suyos; percibía

como si una extraña atmósfera envolviera a Gurutxe Iturbe, y esa atmósfera espesa e invisible estaba irradiándolo, contaminándolo con algo que no lograba identificar. Sentía un nervioso malestar que se mezclaba con una placentera sensación al escuchar y observar a la monitora. La confusión crecía, el deseo de continuar allí junto a ella también.

El teléfono de sobremesa sonó con el timbre característico de las comunicaciones internas, pero era tal el ensimismamiento del arquitecto que fueron necesarias tres llamadas más para que se diese cuenta de que alguien requería su atención. Con visible desgana descolgó el auricular y lentamente se lo llevó a la oreja.

—¿Sí?

—¡Buenos días José Luis! Soy Marcelo, ¿qué tal las vacaciones? —resonó la voz ruda del alcalde.

—Bien, bien. Cortas. Las vacaciones siempre son demasiado cortas —se volvió a sorprender a sí mismo repitiendo aquella frase por segunda vez en poco tiempo.

—Cortas las mías, que sólo he disfrutado de un fin de semana para ir de camping.

—Hombre, Marcelo, porque no habrás querido coger más. En agosto todas las administraciones funcionan a medio gas y el trabajo disminuye sensiblemente. Además, tú eres el jefe —le recordó José Luis Martínez Reina sin mucha convicción.

—Los jefes somos los que menos vacaciones podemos tomar; tenemos que estar al frente de la empresa —se justificó el alcalde—. A propósito, el informe sobre El Sitio que ibas a acabar en estas vacaciones, ¿lo tienes listo?

—No, no. No he llegado a tocarlo en estos días. Quería haberlo hecho pero no he tenido tiempo —dijo el arquitecto con tono despreocupado.

—¡Joder, José Luis! ¡Esto no es propio de ti! ¿Qué hago yo ahora? —refunfuñó el alcalde—. Antonio me llama un día sí y

otro también dándome prisa; yo me había comprometido con él a que hoy mismo estaría el informe sobre mi mesa y tú me dices que no has escrito ni una línea.

El tono distendido con que comenzara la conversación se había vuelto algo más tenso. Marcelo Pastor, el alcalde como todos lo conocían, no era hombre que recibiera bien los contratiempos provocados por sus empleados, y si bien con José Luis Martínez Reina se contenía un poco porque lo consideraba de un nivel superior, con la mayoría del personal, a veces, las voces y los gritos resonaban en todo el edificio. Marcelo Pastor era un hombre rudo, hecho a sí mismo. Iniciado en la política en los primeros años de la transición profesaba unas bastas ideas de izquierda que con el paso de los años habían sucumbido al pragmatismo del ejercicio diario del poder absoluto. Porque gobernaba ya durante tres legislaturas con una cómoda mayoría que le permitía hacer y deshacer a su antojo, en no pocas ocasiones a espaldas de sus compañeros de grupo y no digamos de la ejecutiva de su partido. Los últimos comicios locales de mayo de 1995 los había vuelto a ganar aunque perdiendo la mayoría absoluta.

Albañil de profesión y sin apenas estudios, había sido elegido concejal en las elecciones locales de 1983, en el número dos de la candidatura. Dos años después, como consecuencia de la enfermedad del alcalde y de una oscura maniobra, se hizo con el control del partido y del ayuntamiento. Su escasa cultura política, su parco don de palabra y su incapacidad para el trabajo sistemático y con método lo pusieron en vergonzantes apuros en los primeros compases de su mandato, pero un acentuado carisma populista, con un lenguaje público de izquierdas y unas actuaciones tan pragmáticas que podían llevar cualquier apellido partidista, las tablas que dan la práctica y una innegable habilidad para el “trapi-cheo” político le granjearon la confianza y el apoyo entregado y acrítico, sumiso a veces, de la inmensa mayoría de los ciudadanos

durante dos legislaturas más.

—No te preocupes Marcelo. Pasado mañana tendrás el informe sobre tu mesa —afirmó con rotundidad el arquitecto.

—¡Para mañana! ¡Para mañana sin falta! —ordenó el alcalde colgando el teléfono sin más ceremonial.

José Luis Martínez Reina devolvió parsimoniosamente el auricular a su lugar, cruzó los dedos de las manos, se recostó en el sillón y volvió a adentrarse en sus recuerdos despreocupándose — algo insólito en él— de la orden dada por su jefe.

Le vino a la memoria el paseo en bicicleta de montaña por los alrededores de Agüero conducido también por Gurutxe Iturbe. Ya se había encargado él de apuntarse a la actividad y al grupo que había de dirigir la joven. Tras más de dos horas de pedalear entre sembrados, avistar algún rebaño, atravesar tenues corrientes de agua, el grupo se tomó un merecido respiro bajo la agradecida sombra de centenarias coníferas. La monitora les pidió que no hablasen, que cerraran los ojos, que se abandonaran a cualquier pensamiento y que escucharan el silencio. A José Luis Martínez Reina le pareció una solemne tontería eso de escuchar el silencio pero por el creciente aprecio no confesado que le tenía a la joven accedió a efectuar el ejercicio. No supo cómo ni porqué, pero volvió a tener parecidas sensaciones a las de la Selva de Oza; ahora con el resto de los sentidos. La monitora no hablaba pero sentía su influencia y su presencia trastocando sus fundamentos existenciales, y él no podía hacer nada, es más no quería hacer nada. Sintió cómo la humedad de la tierra bajo su cuerpo ascendía hasta envolverlo, escuchó el trinar de algunos pájaros, el murmullo de las hojas que hablaban entre ellas ayudadas por una casi imperceptible brisa, distinguió decenas de sonidos distintos del bosque que jamás pensó que pudieran existir, notó la pureza del aire que inundaba sus pulmones; por un momento creyó perder su propia identidad, su propia esencia, incluso su propia conciencia y creyó

formar parte de todo aquel entramado natural que tan extraño, por desconocido, le resultaba. Sintió miedo y abrió los ojos. Gurutxe Iturbe estaba de rodillas junto a él.

—¡Eh, José Luis, despierta! Te has quedado dormido y tenemos que continuar.

—Sí, sí, ...no. Sí, es que... ¡Vale vamos! —el arquitecto no acertaba a explicar qué le había ocurrido en aquel tiempo indeterminado que le pareció una eternidad. ¿Se había quedado realmente dormido y había soñado lo que creía haber sentido? ¿Realmente había sentido lo que quizá hubiese soñado?

El grupo continuó la marcha, pero José Luis Martínez Reina observaba ahora con más detenimiento todo cuanto se cruzaba a su paso, ya no sólo empezaba a ver las cosas de otro modo, con otros ojos —¿los de Gurutxe Iturbe tal vez?— sino que además estaba empezando a sentir las de otro modo. Muchas preguntas le asaltaron: ¿Quién era aquella joven? ¿Qué le estaba ocurriendo a él? ¿Por qué aquellos lugares comenzaban a turbarlo como nunca antes le había sucedido?

Aquel día hubo una nueva parada antes de regresar para la comida. Junto al camino forestal por el que transitaban dejaron las bicicletas y se adentraron a pie unos doscientos metros por un desdibujado sendero que discurría a la sombra del ramaje de pinos de grueso tronco. De pronto el bosque se abrió a un luminoso claro en el que se escuchaba el murmullo del agua. Cuando los doce integrantes del grupo avistaron el lugar una exclamación generalizada de asombro escapó espontáneamente de sus gargantas reseca. José Luis Martínez Reina no dijo nada. Solamente miró boquiabierto.

—¿Te gusta el lugar, José Luis? —le preguntó la monitora que se había colocado a su lado, pues empezaba a percibir algo extraño en aquel hombre demasiado reservado hasta el momento.

—Es precioso —se limitó a comentar.

El paraje no era más que una pequeña depresión, en el centro del bosque, ribeteada por redondeados bloques de roca caliza que descendían unos veinte metros hasta el fondo, ocupado éste por un charco perfectamente circular de aguas cristalinas que invitaban a sumergirse en él. Unos cinco metros bajo el nivel del borde de la oquedad un sonoro chorro de agua se deslizaba pared abajo formando en algunos puntos cascadas en miniatura. Algunos arbustos y trepadoras, anclados en las grietas de las paredes rocosas, tapizaban de verde una buena porción de las mismas. En poco más de cuarenta metros de diámetro la naturaleza había condensado su mejor y más deslumbrante arquitectura. Siguiendo a la monitora bajaron hasta la orilla de aquella pequeña laguna por un estrecho y serpenteante paso. Durante cerca de una hora conocieron la gloria. Y José Luis Martínez Reina se dio cuenta de que estaba empezando a comprender.

El teléfono volvió a quebrar los apasionantes recuerdos que mantenían al arquitecto alejado de sus obligaciones laborales. Con la misma desgana que lo acompañaba desde que esa mañana se levantara de su cama, José Luis Martínez Reina descolgó el maldito aparato e hizo un esfuerzo por mostrarse lo más correcto posible.

—¿Sí?

—¿José Luis? ¿Eres tú? Oye, soy Antonio García —dijo el hombre que hablaba atropelladamente al otro lado del auricular.

—Sí, soy yo. Dime Antonio.

—¿Qué tal las vacaciones? Supongo que bien, ¿no? Las vacaciones siempre se pasan bien. Qué suerte tenéis los que vivís de la teta, en cambio yo no puedo tomar vacaciones —se lamentó el hombre, que acostumbraba a hablar más para sí mismo que para los demás—. Mira, que me dijo Marcelo, el alcalde, que hoy regresabas de vacaciones y que traerías acabado el informe sobre la viabilidad de El Sitio; como sabes es de mucha urgencia.

Antonio García hablaba por los codos, deprisa y recreándose en sus propias palabras que destilaban persuasión en cada frase. Era uno de los promotores urbanísticos de más éxito en la zona, pero no habían sido sus palabras las que le habían proporcionado el éxito económico y social sino su habilidad y falta de escrúpulos para los negocios. José Luis Martínez Reina lo sabía, como lo sabía todo el mundo, y por eso no le resultaba agradable la conversación con aquel hombre. No obstante el promotor era buen amigo del alcalde y, además, en el trabajo que él desempeñaba debía escuchar y tratar por igual a todos.

—Ya he hablado hace un rato con Marcelo y hemos quedado en que mañana lo tendrá sobre su mesa. No te preocupes —dijo el arquitecto deseoso de acabar cuanto antes aquella conversación.

—Ah bien. Vale, vale. ¿Te has divertido estos días, verdad? Seguro que sí. Bueno ya nos vemos. No te retrases con el informe. Ya verás como todos salimos ganando. Hasta luego —se despidió el promotor.

—Hasta luego. Adiós —hizo lo propio el arquitecto más por costumbre que para ser escuchado por su interlocutor que ya había colgado el teléfono.

José Luis Martínez Reina se cargó de ánimos y se dispuso a iniciar el trabajo pendiente. Abrió su portafolios y extrajo de él una carpeta amarilla en cuya portada se podía leer con letras manuscritas “EXPEDIENTE DE VIABILIDAD URBANÍSTICA EL SITIO”. La abrió y comenzó a leer lo escrito en la primera página. Le fue imposible pasar del tercer renglón; más de cinco veces lo intentó pero no disponía de la concentración necesaria para sustraerse a los recuerdos que le martilleaban insistentemente en su cabeza. La charla con Antonio García y la vista superficial del informe pendiente le habían abocado a las conversaciones que cada vez con mayor frecuencia mantuvo con Gurutxe Iturbe en el estío de Riglos. Durante aquellos días bajando los barrancos an-

gostos y húmedos del Vero, recorriendo senderos por el interior del casi impenetrable bosque de Irati o de la Selva de Oza, peleando a brazo partido con las bravas aguas del Gállego, o tumbado en el silencio sonoro del Charco de Agüero, José Luis Martínez Reina había descubierto que los barrancos no eran sino espectaculares esculturas naturales cinceladas en la roca por el agua en su necesidad de discurrir hacia zonas más bajas; que los bosques no eran una interminable sucesión de árboles sino un complejo mundo de interrelaciones entre multitud de seres vivos e inertes; que los ríos no son otra cosa que las arterias vivas de la tierra. De la mano tierna y firme de Gurutxe Iturbe comenzó a entender por qué había gente que se oponía a la construcción de la presa de Itoiz, y no eran unos cuantos radicales; por qué en su día las gentes de Riaño pelearon hasta el final para que no inundaran su valle, sus casas, su forma de vida; porqué eran inadmisibles las grandes presas que enterraban bajo sus aguas indescriptibles valles, desplazaban miles de animales, destruían toneladas de plantas, desalojaban a los lugareños de su hábitat tradicional despojándoles de sus bienes, de su historia y de la tierra en la que descansaban sus muertos, para ir a ninguna parte. Y todo a la mayor gloria del desarrollo económico y al mayor beneficio de las grandes constructoras, de los bancos y de las eléctricas. Allí comenzó a entender el porqué de tantos incendios cada verano en ciertas zonas naturales; el porqué se permite la contaminación a gran escala de aguas, tierra y aire; el porqué, en definitiva, la vida sólo se mide en pesetas, euros o dólares. Sus cinco años de estudios universitarios, las decenas de libros leídos, los miles de folios con apuntes estudiados, las doctas explicaciones de tantos profesores ilustres le habían permitido conocer. Diez días con Gurutxe Iturbe en las mismas entrañas de las catedrales levantadas por la naturaleza le habían permitido empezar a entender.

—José Luis, la naturaleza es única en cada lugar. No se repite

nuca —le había dicho la monitora un buen día en un descanso durante un descenso en canoa por el Gállego—. Por más que veas árboles parecidos cada uno es distinto, tiene su propia historia individual, sus hojas la cuentan a quien la sepa escuchar. Cada riachuelo suena distinto, el agua aún siendo igual es diversa, su murmullo no es más que la conversación de la Tierra que en cada lugar habla de lo que allí acontece. El viento con su ulular nos habla de lugares más lejanos, nos mantiene unidos por distantes que estemos unos de otros.

—¿Crees en la hipótesis Gaia? —le había preguntado él.

—Llámalo como quieras. Tú lo has sentido, ¿no? No es más importante un paraje que otro. La importancia no está en la comparación sino en la esencia propia de cada medio, en lo que cada lugar ha sido capaz de sostener de acuerdo con sus condiciones climáticas, geológicas, medioambientales en definitiva.

Ahora empezaba a entender por qué algunos ecologistas o algunos concejales de su ayuntamiento, medioambientalmente sensibileros, como él los había bautizado, se oponían tenazmente a ciertas actuaciones urbanísticas o agrícolas que hasta ahora él mismo había visto con buenos ojos, considerando aquellos espacios en litigio como “unos cuantos pinos”, una rambla sin importancia o un charco de agua sucia en una cantera abandonada. ¿Es que también ellos habían sentido los latidos de la Tierra? Y allí estaba él, en su despacho, sentado frente a un informe que tenía que acabar para el día siguiente, con un desasosiego interior creciente y con una nebulosa de ideas contradictorias que pujaban por imponerse unas a otras. De un lado Gurutxe Iturbe, del otro el trabajo que siempre había hecho. Estaba empezando a comprender, pero eso le estaba removiendo de raíz su filosofía vital. Su desgana no era más que relegar de manera inconsciente el momento crítico de tomar una decisión: olvidar a Gurutxe Iturbe y lo que ella representaba u olvidar su trabajo en aquel ayuntamiento y

dedicarse a otra actividad. En los días de Riglos había visto muchas cosas claras pero el regreso al despacho le había vuelto a la realidad dura y cruda de la vida, ¿o la vida era aquello y esto sólo una quimera disfrazada de realidad? “No es más importante un paraje que otro. La importancia no está en la comparación sino en la esencia propia de cada medio, en lo que cada lugar ha sido capaz de sostener de acuerdo a sus condiciones climáticas, geológicas, medioambientales en definitiva”. Las palabras de la joven monitora resonaron con más fuerza en su cabeza. Y se sorprendió a sí mismo asaltado por pensamientos similares que se construían en su cabeza aún sin él proponérselo: “Tan importante es el río Gállego a su paso por Riglos como el fino hilo de agua que discurre por el Barranco Alcaraz, a menos de dos kilómetros del pueblo”. Pensamientos con vida propia adueñándose de su materia gris: “Tan importante es la selva de hayas de Irati para Navarra como el bosque de pinos de Los Alcores para San Miguel del Campo”. Las ideas funcionaban al margen suyo, descontroladas, invadiéndolo, ocupándolo. Sentía la influencia y la presencia de quien le había zarandeado unos principios que él creía solidamente asentados.

José Luis Martínez Reina dio un suave puñetazo sobre la mesa y se puso en pie. Visiblemente nervioso dio unos pasos por el pequeño despacho, se acercó a la ventana y apoyó la cabeza contra el cristal. Perdió la vista sobre la llanura teñida de verde oscuro de naranjos y limoneros que moría a orillas de la Laguna Salada. Él era arquitecto urbanista; por su profesión estaba en contacto con el urbanismo, es decir, con la acción planificadora de ordenación y modificación del territorio orientada a mejorar la vida de los ciudadanos y a generar riqueza; estaba en contacto con los estudios de impacto ambiental, con promotores, con ecologistas, con políticos. Había oído miles de argumentos en uno y otro sentido, a favor de determinadas acciones y en contra de ellas. Si

siempre había hecho lo que creía correcto, ¿por qué ahora tenía tantas dudas sobre lo que debía hacer? Gurutxe Iturbe volvía a ocupar su pensamiento, y su vida. Decidió salir a tomar un café al bar Galant situado frente al ayuntamiento, más por ver si disminuía la presión a que estaba sometido que por necesidad de beber algo. En su despacho le faltaba ya el aire.

Bajó pensativo y ausente la escalera de mármol. Al atravesar el umbral del portón del edificio municipal se cruzó con Javier Ruiz, el concejal ambientalmente sensibilero, como él lo había calificado en privado en repetidas ocasiones, que llevaba en su grupo los temas de urbanismo. Ambos se intercambiaron un saludo de cortesía, escueto y frío, y siguieron su camino. De repente, José Luis Martínez Reina se volvió hacia él y lo llamó:

—¡Javier! ¿Tienes un momento?

El concejal se detuvo al pie de la escalera y se volvió un tanto sorprendido. En más de un año de legislatura que llevaba acudiendo diariamente a aquella casa nunca se había dirigido el arquitecto a él en ese tono.

—Sí, claro. Tú dirás.

—¿Tendría inconveniente en acompañarme a visitar los terrenos de El Sitio? —le espetó a bocajarro.

Javier Ruiz acrecentó su asombro y durante unos segundos fue incapaz de articular palabra. Su cabeza, acostumbrada a leer entre líneas, a interpretar actitudes, a valorar indicios, trataba de procesar velozmente aquella petición que le había dejado totalmente descuadrado. ¿Para qué quería el técnico urbanista, fiel defensor de las tesis del alcalde y abiertamente opuesto a las suyas, que él lo acompañara para ver unos terrenos en los que todo estaba ya decidido?

—¿Y para qué quieres que vayamos a verlo? Ya sabes lo que mi grupo piensa al respecto. Además el bacalao ya está cortado y repartido, José Luis —respondió el concejal con el semblante

serio.

—Me interesa escuchar tus opiniones tranquilamente y sobre el terreno. Solamente eso. ¿Podemos ir? —insistió nuevamente el técnico—. Por favor.

—Como quieras. ¿Esta tarde a las seis? —propuso Javier Ruiz.

—¿Por qué no ahora mismo? —le urgió José Luis Martínez Reina.

—Por mí no hay inconveniente pero esta mañana va a hacer calor. Si estás dispuesto a sudar la camiseta...

—Por eso no te preocupes.

—Pues espérame cinco minutos y nos vamos; he de subir a firmar unos documentos.

—De acuerdo —corroboró el arquitecto que siguió su camino en dirección al bar.

Javier Ruiz subió a buen paso la escalera y se dirigió a su despacho, no sin antes saludar al personal municipal y al público que resolvía sus asuntos en el mostrador. Ocupada la cabeza con el sorprendente encuentro que acababa de tener, no sintió la fuerte sensación de agobio que sufría cada vez que entraba en el reducido habitáculo que ocupaba su grupo municipal. Acostumbrado como estaba a los espacios abiertos, le resultaba difícil trabajar flanqueado por la estantería repleta de archivadores, el armario en el que no cabía ni un alfiler, la fotocopidora, la mesa con el ordenador y la impresora, y una variada representación de los más diversos objetos que llenaban cualquier resquicio libre. Sólo la presencia de Adela Gómez, la otra concejala compañera de partido, y de Rosi Mateo, la secretaria del grupo, le permitía sobrellevar la situación.

—¡Algo raro pasa! —exclamó Javier Ruiz nada más cerrar tras de sí la puerta del despacho. En su cara se podía leer preocupación e incertidumbre.

—¿Qué es lo que ocurre que vienes con esa velocidad y ese semblante serio? —preguntó la secretaria levantando la cabeza del archivador que revisaba sentada en el umbral de la puerta metálica que daba a una pequeña terraza.

—Don José Luis acaba de pedirme que le acompañe a ver los terrenos de El Sitio. He quedado con él en cinco minutos.

—¿Y te ha dicho para que quiere que lo acompañes? —volvió a intervenir Rosi Mateo.

—Para conocer tranquilamente y sobre el terreno mis opiniones. Yo le he dicho que ya las conoce y que son muy claras, pero ha insistido.

—Pues sí que parece que hay algo —dijo la secretaria con aire misterioso en la voz.

—Cuidado que no nos líe —intervino Adela Gómez abandonando la ventana en la que buscaba un aire fresco inexistente—, que ese es muy cuco. Y alguna cuenta no les sale cuando vienen a buscarnos.

—No te preocupes, nuestra posición es clara e inamovible —dijo Javier Ruiz con voz severa—: en El Sitio ni un ladrillo.